

LA INVASIÓN FRANCESA DEL AÑO 1654 POR ROGER DE RABUTIN, CONDE DE BUSSY

Entre los desgraciados acontecimientos que tanto abundaron en esta provincia durante el siglo xvii, figura a mediados del mismo (concretamente en 1654), la invasión francesa mandada por Armando de Borbón, Príncipe de Conti, hermano del de Condé, personaje que si bien en su principio y siguiendo la costumbre en las grandes casas de entonces estaba destinado a desempeñar altos cargos en la Iglesia, la fuerza de la ambición política francesa de aquella época lo llevó al ejercicio de las armas.

Iba a las órdenes de este Príncipe, Roger de Rabutin, Conde de Bussy, gracias al cual, por llevar un minucioso diario de todo cuanto le acontecía, y haber publicado más tarde, en París, sus memorias, me ha sido posible traducir de este actualmente muy raro libro¹ todo cuanto se refiere a la actuación de su autor en estas tierras.

La minuciosidad de detalles, de carácter puramente particular con que adorna los de la campaña, proporciona un realismo tan intenso a su relato, que se puede decir que hace vivir su época.

Los Consejos de Guerra celebrados en varios cuarteles generales establecidos en distintos lugares de la provincia, la descripción de Puigcerdá y de su sitio, del estado de sus murallas, la descripción de La Cerdaña y del Ampurdán de aquella época, la utilidad de su fertilidad, de las vías de comunicación a través del Pirineo, del carácter de los militares y de algunas costumbres de aquella campaña, dan a estas memorias un interés que el lector, seguramente con más autoridad, juzgará por su traducción casi literal.

E. RODEJA GALTER

¹ *Les Memoires de messire Roger de Rabutin, Comte de Bussy, Lieutenant General des Armées du Roy, et Mestre de Camp General de la Cavalerie Légere*, tome premier. A Paris, Chez Jean Anisson, Directeur de l'Imprimerie Royale, rue de la Harpe, au-dessus de Saint Cosme, (MDCXCVI. Avec privilege du Roy); 2 vols.—La traducción comprende desde la página 495 a la 563 del primer volumen.

LA INVASIÓN FRANCESA DEL AÑO 1654
SEGÚN LAS MEMORIAS DE ROGER DE RABUTIN, CONDE DE BUSSY,
TENIENTE GENERAL DEL EJÉRCITO DE D. ARMANDO DE BORBÓN,
PRÍNCIPE DE CONTI

Transcurrían los últimos días del mes de mayo del año 1654, cuando salía de París en dirección a Perpignan, el Príncipe de Conti, acompañado del Conde de Bussy, Roger de Rabutin, autor de estas memorias.

Después de descansar unos días en Montpellier, la expedición llegó a Perpignan el día 25 de junio, en donde hubo un consejo de guerra, a fin de tomar acuerdos antes de atacar la Cerdaña y el Ampurdán, objetivos principales de aquella expedición. Se acordó empezar la campaña sitiando Villafranca, capital del Conflent, siéndole conferida a de Bussy la orden de atacar la población con quinientos caballos y mil doscientos hombres.

Formaban la caballería los regimientos de Ardenas, Marguerit, y de Calvo Catelans, de Baltazar Alemán, de Longés, de Pily y de La Fere.

La infantería estaba formada por los regimientos de Galera, Merinville, San Lucas, Campols, y Marguerit, Marquesana, Prada y Ria.

Cincuenta hombres de Marguerit, atacaron el castillo de San Miguel, en el cual había quince españoles.

Al apuntar el alba del día 28, llegamos a Ria, en donde dejé el regimiento de San Lucas para guardar el camino de Ria a Villafranca, lugar estratégico sobre la ribera del Tet, que va de Villafranca a Perpignan, y fui dejando destacamentos de caballería en las alturas entre Cornellás y Suillás.

Desde Siullás comuniqué al Cuartel General la imposibilidad de conducir las piezas de veinticuatro, más allá de Prada.

El Príncipe de Conti, llegó a Villafranca el día veintinueve de junio (1654), y el mismo día por la tarde empezó el sitio de la población, la cual fué tomada a los cuatro días.

Después de la toma de Villafranca del Conflent, se resolvió rehacer los castillos de San Miguel, Fillols, Vernet y San Martín del Canigó, siendo encargado de ello, Segarra, Gobernador del Rosellón.

Se propuso, también, que el Príncipe, con mil caballos y mil mosqueteros reconociera Puigcerdá, capital de la Cerdaña, pero que antes fuese Rivague, Teniente General de Artillería, para reconocer los caminos y ver si podía pasar la carroza con el cañón.

El resultado puso de manifiesto que ello era absolutamente imposible.

Entre tanto, el Príncipe fué a Perpignan, en donde mandó cantar un Te-Deum en acción de gracias por la consagración del Rey de Francia, cuya ceremonia se había celebrado en Reims, el día 7 de mayo, y poner en orden algu-

nas disensiones ocurridas entre el Consejo Real y los cónsules, publicando también unas órdenes contra los caballeros y soldados que saqueaban y destruían en el Rosellón y en el Conflent.

También empleó el Príncipe aquellos días en tener un nuevo consejo de guerra, en el cual se acordó que con seiscientos caballos y cuatrocientos mosqueteros, se atacaría Puigcerdá, con el fin de obligar a los españoles a llevar el mayor número posible de fuerzas, lo cual sería aprovechado para mandar mil quinientos caballos y atacar Castellón de Ampurias.

Yo recibí la orden de mandar las fuerzas de Puigcerdá, y mientras me despedía del Príncipe para salir en esta expedición, recibió una carta del cardenal Mazarino en la cual le decía que el reforzar el cuartel de invierno con las tropas de refresco que Merinville le decía que quería utilizar también, lo que le sorprendía, le imposibilitaba sus planes, y añadía de su mano que Cromwell había mandado a Baas, enviado de orden del Rey, para fortificar Londres, sobre el aviso, que él decía tener, de que su Eminencia era autor de la conjuración contra él.

A continuación, el Cardenal se justificaba al Príncipe de este atentado, diciendo que jamás creería esta calumnia, y terminaba su carta asegurándole que si los ingleses no hiciesen «diversión» creería en lo que se había prometido, que era, proporcionarles dinero, hombres y municiones, para las defensas que se le habían encargado.

Sali de Villafranca el 18 de julio de 1654, vine a posar en Sardinia, en la Bastida, comí en Aulet, pasé por Fontfreda, por el puente situado debajo de la torre dels Villars, de allí al Coll de la Percha, y vine a alojarme en San Pedro, situado en la entrada de la llanura de la Cerdaña.

Desde Aulet al Coll de la Percha, los migueletes de España, me escaramucearon constantemente, contrariándome en gran manera, pues yo pasaba a lo largo de una montaña con grandes rocas y pendientes, muy precipitadamente, en donde no se podía pasar más que de uno en uno, y los enemigos estaban a cubierto, a lo largo de la otra montaña, frente a nosotros y a poca distancia, y sin embargo para llegar a ellos hubiese sido preciso andar cuatro leguas, de manera que era propiamente «pasar por las armas» y esto nos ocasionó algunos heridos.

Esperé en San Pedro, hasta las dos de la tarde del domingo, día 19, las prometidas noticias del Príncipe, pero viendo que éstas no llegaban, me dirigí a tomar Llivia, alojando mis tropas en los pueblos más cercanos a Puigcerdá, y estableciendo mi Cuartel General en Ager.

En seguida que estuve alojado, escribí la siguiente carta al Príncipe:

«Ager 19 de julio de 1654. — A las diez de la noche de ayer, dormí en San

Pedro, en donde esperé las órdenes de V. Alteza, hasta las dos de la tarde.

No habiéndose recibido éstas, de acuerdo con Mr. Merinville, entré en la llanura de Puigcerdá.

Antes, he intimidado Llivia, y sus habitantes me han dicho que estaban dispuestos a rendirse, pero que había nueve soldados y un sargento español en el fuerte que querían resistir.

Después de algunos «pourparlers» salieron sin armas y los he mandado a Puigcerdá con un corneta.

Yo he guarnecido este fuerte con un capitán y un teniente, después de lo cual he colocado mis tropas en cinco cuarteles muy próximos los unos a los otros, y del lado por donde pudieran llegar los socorros.

Cuatro soldados franceses, que los españoles habían hecho prisioneros el año anterior, en Gerona, se han reintegrado, y dicen que hay setecientos u ochocientos hombres en la Plaza, y sesenta caballos.

Uno de ellos, me ha dicho que sus enemigos tomaban mil panes diarios, y que hay más de doscientos soldados franceses que no buscan más que la ocasión de salir para rendirse.

Que la muralla es de piedra hasta la altura de un piso, que el fondo es de tierra y que alrededor no hay más que unos andamios para servir de banquetta.

Que esta Plaza se rendirá en cuanto vean el cañón, pero que los enemigos no creen que se pueda traer.

Acaban de incendiar cuatro molinos que había a cien pasos de la muralla.

Si V. Alteza encuentra bien el que yo le hable con franqueza, le diré que si el cañón puede pasar en el plazo de quince días, es Plaza tomada. Que sería lo más útil para el servicio del Rey, y lo más ventajoso para el ejército. No se podría encontrar una llanura más rica que ésta, que tiene los mejores trigos del mundo y mucho heno, y las poblaciones están a quinientos pasos las unas de las otras.

Si V. Alteza tomase esta resolución, sería preciso mandar al Ampurdán mil quinientos caballos, para cubrir Rosas y todo el Rosellón, y con todo el resto del ejército dirigirse aquí desde el martes por la mañana, ordenando el arreglo del camino para pasar el cañón, pues suponiendo que pueda pasar en quince días, me apuesto mi cabeza a que la Plaza está tomada.

Sin embargo, Monseñor, esto es lo que se puede llamar meter las tropas en la paja hasta el vientre, pues de llevarlas aquí, vuestra caballería engordará en esta llanura en donde hay forrajes para dos meses.

En fin, Monseñor, yo siento que vos mismo no podáis ver lo que yo veo, pues cualquier resolución que tomaseis, vuestras ideas vendrían de mi lado.

Espero las órdenes de V. Alteza».

El día siguiente, lunes, 20 de julio, hice como si el Príncipe debiese venir. Me apoderé de un molino próximo a la población, en donde aposté treinta mosqueteros y un Teniente de Merinville, por miedo a que los enemigos lo incendiasen, como lo habían hecho en la noche anterior.

Reconoci el contorno de la villa con cien caballos, y me apoderé de su pequeño castillo cerca de la Plaza, sobre el camino de Llivia, en donde puse diez mosqueteros y un sargento, y mandé quince mosqueteros y un sargento, también, a la torre dels Vilars para asegurar el Coll de la Percha.

Aquel día llegó un grupo de treinta maestros de todos los cuerpos, que traían doscientos jumentos, mil doscientos corderos, y cuatrocientos bueyes requisados.

Al día siguiente, veintiuno de julio, sobre las cuatro de la tarde, los españoles salieron en dos batallones y dos escuadrones, hasta a uno de los molinos quemados, con el fin de sostener sus gentes que trabajaban cerca. Mientras cargaban el primer carro no tuve más que el tiempo preciso de mandar montar a caballo a toda la caballería, y tomar las armas la infantería, y como ví que continuaban con las mismas gentes el trabajo, marché con todas mis tropas y los desalojé del molino, obligándoles a retirarse a la contraescarpia desde donde nos hicieron durante una hora un fuerte tiroteo. El mayor de Merinville, llamado Prunavelle, hizo maravillas.

No perdimos más que un soldado, a consecuencia de un cañonazo tuvimos cuatro heridos y algunos caballos muertos; los enemigos tuvieron varios heridos, entre otros, D. Tomás de Bañolas, ese Gobernador del Rosellón que se había pasado durante la guerra civil de 1651.

Después que se hubieron retirado dentro de la villa, yo me retiré también a los cuarteles; todos los días precedentes se presentaron soldados franceses hechos prisioneros el año anterior en Gerona, también se presentaron walones y napolitanos, los primeros se alistaban, mientras que los segundos pedían pasaportes para reintegrarse a su país.

En seguida que el Príncipe hubo recibido mi carta, me envió a Merinville y a Birague, Teniente General de Artillería, con todos los comisarios para inspeccionar el camino de Villafranca a Puigcerdá, con el fin de ver por dónde harían pasar el cañón y a su vuelta, me escribió la siguiente carta, que recibí el día 22 de julio.

Pero para que todo se comprenda mejor, es preciso saber que al Príncipe de Conti le gustaba mucho gastarme bromas, y por ser mi tío Gran Prior de Francia y alojarme yo con él en el Temple, el Príncipe tenía gusto en llamarme algunas veces su Templario.

«Del 25 de julio en Villafranca (1654).

En fin mi pobre Templario, el cañón no podrá pasar, el camino ha sido estudiado todo el día de hoy por oficiales generales, con el fin de ensayar una última tentativa, que ha resultado vana, no es obra de mortales.

Se me ha dicho que un Dios envidioso de la prosperidad de Birague, ha hecho estos montes inaccesibles. En fin, si está permitido citar a Ovidio «Non est mortale quod optas».

Seramente lo siento, ¡qué le vamos a hacer! Birague se ha encargado del asunto, y yo de mandaros con todas vuestras gentes, el viernes por la tarde a Vinssas. M. de Marius debe llegar el mismo día, y yo también.

Podréis alojaros donde juzguéis más a propósito, y estad convencido de que yo estoy con vos. — Firmado: Armando de Borbón. — Mis saludos a Piloy».

El 22 recibí esta carta, y llegó de la montaña una parte del regimiento de Manuel d'Ocho, trayendo setecientas vacas.

El día siguiente, jueves 23, salí con todas mis tropas siguiendo órdenes del Príncipe, y recibí una carta suya por el camino, que me escribía por temor a que no hubiese recibido la suya, que me decía:

«Villafranca 21 de julio. — Os he escrito esta mañana para ordenaros marchar después de recibida mi carta, y venir a Vinssas el viernes por la tarde, os podréis alojar entre aquí y allí, en los lugares que encontréis más cómodos.

La imposibilidad de hacer pasar el cañón, nos obliga a adoptar nuestro plan del Ampurdán, y dejar el de Puigcerdá.

Todas las fuerzas deben estar el viernes por la tarde en Vinssas.—Firmado: Armando de Borbón».

Llegué en la fecha ordenada, celebrándose consejo de guerra en el que se decidió que las tropas saldrían para el Ampurdán para revituallar Rosas y sitiar Castellón, en donde por lo menos se viviría a expensas del enemigo.

Se hizo un estado de las cosas necesarias para este sitio.

Se dejaron en Villafranca cien sacos de harina y los víveres necesarios para un mes, con la base del abastecimiento diario para la subsistencia de la guarnición, compuesta de cien hombres del Regimiento de Galeras y de ciento cincuenta del Regimienio de Campels, con sus municiones de boca; se dejó también un «millier» de pólvora, uno de plomo y mil quinientas libras de mecha.

Se puso en Arlés cincuenta hombres de Chouppes, con víveres para un mes.

El 25 de julio partimos de Vinssas y nos alojamos en Tuis. El Príncipe me dió la orden, en llegando, de destacar mil quinientos hombres para entrar un día antes en el Ampurdán, con el fin de evitar que los españoles, teniendo noticia de nuestra llegada, incendiasen todas aquellas mieses que no habían tenido tiempo de entrar en el interior de los pueblos.

Encargó al Coronel Baltazar Alemán, uno de los Tenientes Generales

del ejército, el mando de esta parte, y salió en diligencia hacia el Boulou.

La caballería que yo le cedía, estaba compuesta de los Regimientos de Baltazar, Langés, Harcilly, Fare, Almeras, Larroque, Margarit y Ardenas.

El 26 el ejército se alojó en San Juan del Pagés, a una legua del Coll del Perthus.

Hacia la media noche, el Príncipe recibió una carta de Baltazar, en la que le decía que los españoles habían atacado Rosas con mil doscientos hombres de a pie y ochocientos de a caballo, que habían tomado una pequeña fortificación cerca de la población y que atacarían las torres de La Selva. El ejército que tenían de refuerzo, se hallaba entre Hostalrich y Gerona para marchar hacia Rosas, que no había ningún inconveniente en dejar pasar un poco de tiempo, y que D. Juan de Austria debía llegar por mar con víveres y forrajes.

Baltazar añadía que pensaba ir al encuentro del enemigo, y que si su Alteza quería apresurar un poco la marcha, le respondía que jamás se retirarían sin combatir.

El día 27 de julio, a una hora antes del alba, salimos para ir con más prisa. El Príncipe se moría de deseos de entrar en combate. Dejó la impedimenta atrás y dividió sus tropas en dos cuerpos, ordenó al Teniente General Bougy pasar el Coll de Paniçars con toda la infantería, formada por unos tres mil hombres, y él pasó por el del Perthus con dos mil quinientos hombres que le quedaban, y tres Tenientes Generales, Tilly, D. José Margarit y yo.

En el Coll del Perthus, el Príncipe recibió otra carta de Baltazar, en la que le comunicaba que la caballería española se retiraba de Rosas y que la infantería había entrado en Castellón de Ampurias, por la noticia que habían tenido de que Su Alteza se había retirado y que era el Barón de Butier el Comandante de las fuerzas, por lo que él iba a perseguirlos con ochocientos o novecientos caballos escogidos.

Nuestro ejército se hallaba reunido en La Junquera, pequeña población al pie del Pirineo; de allí marchamos lentamente; el Príncipe estableció su cuartel general en Figueras, con la infantería y los gendarmes. Las compañías francesas, se alojaron en Perelada; yo y una gran parte de la caballería, en Vilabertrán, y el resto, en Vilatenim y Cabanes.

La lentitud y el gran calor habían rendido nuestros hombres.

En la noche del 27 al 28 de julio, el Príncipe recibió nuevas noticias de Baltazar, que le decía que había logrado reunir al enemigo en Verges, sobre la ribera del Ter, y lo había derrotado, haciendo prisioneros a dos comisarios generales, seis capitanes y doce oficiales con más de trescientos caballeros y más de doscientos caballos de España, sin haber perdido más que ocho o diez hombres.

Piloy fué enviado a la Corte para llevar personalmente esta noticia.

El 28, 29 y 30, permanecemos en nuestros cuarteles, para montar dos pequeñas piezas de balas de ocho libras que nos llegaron por el Coll del Perthus, y se amasó pan de munición.

El día 31 de julio, se alojó en San Miguel de Fluviá la infantería con los gendarmes y la caballería en Santo Tomás de Fluviá.

El día 1.º de agosto, el Príncipe y todos los Tenientes Generales, nos alojamos con la infantería y los gendarmes en Belcaire, y yo, sólo con la caballería ligera, en Verges.

En este día, los mil quinientos caballos expedicionarios de Baltazar se me juntaron en Verges, los cuales no se habían movido de San Pedro Pescador después de los combates de entrada.

El mismo día, Gastón de Nogaret, Duque de Candale, Coronel de Infantería de Francia y Capitán General de nuestro ejército, llegó a Belcaire con los Tenientes Generales Vardes y Cominges. La noche del 1 al 2 de agosto, mandé que dos grupos compuestos de veinte maestros cada uno reconocieran los alrededores de Gerona. Ellos me comunicaron que la caballería española se hallaba alojada en cinco o seis pueblos más allá de esta capital, sobre el camino de Blanes.

El 2 de agosto, el Príncipe se reunió en mi casa de Verges con el Duque de Candale y los Tenientes Generales, teniendo lugar un consejo de guerra en el que se resolvió intensificar la campaña con el fin de coger prisioneros y, por medio de ellos, enterarnos del estado del enemigo.

Yo mandé al Coronel La Roque, con cien caballos, quien me enteró de que el día 3 de julio los españoles se habían alojado en Blanes, con mil hombres de a pie y ochocientos caballos.

En este mismo consejo, se reguló el orden de empleo de los Tenientes Generales, que no era hasta entonces conocido; Marion, Bougy, Verdes, Cominges y Tilly atacaron el fuerte, y luego se retiraron sin consecuencias, siguiendo el orden en que los he nombrado, y Baltazar y yo atacamos también.

Se reglamentó que el Teniente General de día debía permanecer con el cuerpo de ejército.

Que en las salidas de día, iría a retaguardia.

Que el que estaría de día, tendría el mando supremo.

Que los destacamentos se harían por turno, empezando por el más antiguo.

Que si se daba el caso de que alguno de ellos debía mandar el ejército y el destacamento simultáneamente por coincidencia, escogería el Teniente General de día el tomar el mando del uno o del otro, y en caso que decidiese continuar con el del ejército, no perdería por esto su día de destacamento al ocupar el lugar del que había estado destacado por él.

Que el que debía entrar de día iría al campamento si el ejército se marchase.

Todos estos reglamentos fueron escritos por Bougy, y firmados por el Príncipe.

El día 9, el Príncipe fué a visitar Rosas con todos los Oficiales Generales, y la reserva de Vardes se quedó en el cuartel de la infantería (Figueras) y yo en Verges con la caballería.

Pero antes de hablar de otras cosas, precisa decir que el Príncipe había mandado proponer al Cardenal el sitio de Cadaqués, por lo que nuestra armada naval debería bloquearlo, cosa que sólo se le pedía para quince días. En consecuencia el Cardenal mandó una orden al Comendador Paul, en Tolón, de hacer lo que el Príncipe de Conti le pedía durante los quince días convenidos.

El Príncipe, mientras estaba en Rosas, el día 10 de agosto, recibió la contestación de Tolón diciendo que dentro de ocho días estaría con su Alteza.

El 12 el Príncipe estuvo en Belcaire, el 13 se alojó en Torroella de Montgrí, la infantería en Ullá y la caballería no salió de Verges.

El 15 el Príncipe, el Duque de Candale y los Tenientes Generales comieron conmigo en mi casa de Verges, después de comer, tuvimos una especie de mercado de caballos entre el cuartel del Rey y el mío.

En estos momentos tuvimos noticias de que el Regimiento de Infantería de la Reina y el de caballería de Arcourt venían de Foix para unirse a nosotros, y cuando pasaban por los montes de Capsir, con la confianza y pocas precauciones de gentes que habían atravesado Francia, fueron atacados por la guarnición de Puigcerdá y deshechos. Esto fué una excelente acción de D. Pedro de las Balenzuelas, Gobernador de aquella Plaza, el cual los dispersó en más de diez leguas en las montañas.

El 18 de agosto el Príncipe de Conti, el Duque de Candale, Bougy, Comingcs y yo, fuimos a pasear por la playa y vimos, todavía bastante lejos, nuestra escuadra, compuesta de siete navíos y seis galeras, en el momento en que avisaba a la de España, compuesta de diez navíos y cinco galeras, en el golfo de Cadaqués.

El Almirante disparó un cañonazo para reunir consejo, en el cual se acordó retirarse porque los españoles tenían tres navíos más que nosotros.

Al anochecer, el Comendador Paul envió por una chalupa esta noticia al Príncipe; éste no quedó muy satisfecho pues ello le obligaba a reemprender sus planes sobre las plazas de tierra.

El 20, D. Luc, Capitán y Mayor de Baltazar, nos trajo unos prisioneros, quienes dijeron que la caballería española en número de ochocientos se hallaba en Pineda, San Esteban y otras villas abiertas, distantes unas once leguas.

El Príncipe, acompañado del Duque de Candale, de Bougy, Comingcs, Baltazar, el Conde de Illa y yo, con dos mil caballos, nos fuimos, el día 21, a pasar

a una media legua de Palamós, y después de una parada de tres horas en un pueblo llamado Calonge, anduvimos hasta entrada la noche, pernoctando en Vall d'Aro. Dos horas antes de amanecer salimos de nuevo hasta Hostalrich.

En este lugar nos enteramos, por un individuo del país, que los españoles hacía seis horas que se habían enterado de nuestra marcha, y muy cerca oímos disparar el cañón, por lo cual, el Príncipe resolvió retirarse al ver sus planes descubiertos. Pasamos sin embargo la noche en este lugar.

Al día siguiente, 23, acampamos en las puertas de Gerona, en donde hicimos algunos prisioneros; por ellos supimos que el día que salimos de Verges, un paisano salió al mismo tiempo que nosotros, y fué el que dió el aviso de nuestra salida a D. Pablo de Parada, General de Artillería, Comandante de Gerona, y éste había mandado un correo a Hostalrich y a San Celoni.

El día siguiente, 24, pasamos el Ter por San Gregorio y acampamos en Cerviá, el 25, a primera hora llegamos a Verges y a Torroella de Montgri.

El 26, permanecemos en nuestros cuarteles; en este día se acordó dividir el ejército en varios cuerpos.

El 27, salimos de nuestros cuarteles y nos alojamos en el del Rey, en San Jordi, con el Regimiento de Campagne, y los gendarmes, las brigadas de Normandie y de Anjou, y Merinville y la caballería, en Cerviá, con el duque de Candale, Cominges y Baltazar, la brigada de Colonel y la de Conti, caballería, con el resto de la brigada de Champagne en Colomé, conmigo.

Estos tres cuarteles distaban el uno del otro en más de media legua, y estaban todos al lado del Ter.

El 28, recibí mi carta de servicio de Teniente General.

El 29 de agosto, hallándose la caballería en Colomé y paciendo en Saus, los habitantes les atacaron y les obligaron a regresar sin el forraje, porque este pueblo había recibido estas órdenes de D. José Margarit. Al día siguiente, mandé la infantería y la caballería con orden de atacar si encontraban resistencia.

Y habiendo los paisanos muerto algunos soldados y dos de caballería, el Comandante de la escolta mandó incendiar la iglesia, pero el pueblo refugiado sobre la bóveda se salvó y salvó asimismo todo su forraje, de modo que las tropas regresaron sin haber hecho nada.

D. José Margarit, que no tenía más consideración hacia nosotros que por la amistad que los pueblos tenían hacia él, estando advertido de este desorden, presentó sus quejas al Duque de Candale, el cual odiándome sin razón, procuró dar mal informe de mí al Príncipe, pues el afecto que éste me demostraba no le gustaba a él.

Le mandó a D. José, que le exageró mi violencia, y le dijo que estas cosas podían llegar a revolucionar Cataluña contra nosotros.

El Príncipe tenía gran afecto al Duque de Candale, y sin embargo no me abandonó, pero para satisfacer a D. José Margarit, y a los pueblos me mandó esta orden escrita y firmada de su mano.

«Monsieur de Bussy arrestará en seguida al oficial que mandaba las tropas que han estado en Saus y lo mandará conducir aquí mañana por la mañana.— Campo de San Jordi, 30 de agosto de 1654.—Armando de Borbón.

Os suplico ejecutar esta orden desde esta tarde».

Al día siguiente, 31 de agosto, fui a encontrar al Príncipe, conduciéndole al oficial pedido.

Me enteró de las quejas de Margarit, y me pidió qué motivos había dado al Duque para que no me quisiera. Yo justifiqué primero al Comandante de forraje, tomando yo la responsabilidad de todo lo sucedido, y me justifiqué luego por la insubordinación de los habitantes de Saus.

Respecto a la ira del Duque de Candale, le dije que no veía otra razón que los celos, por el afecto que Su Alteza me dispensaba.

Me aseguró que no desautorizaría lo ocurrido por el comportamiento de los habitantes de Saus, y les hizo saber que les castigaría ejemplarmente si volvían a rehusar sus órdenes. No obstante, les concedió dinero para la reparación de la iglesia, y me ordenó poner en libertad al oficial.

El día 1 de septiembre, el Príncipe me escribió de su propia mano:

«Las fuerzas de vuestro cuartel han estado hoy al forraje, llegando hasta las puertas de Gerona con el mayor desorden, incluso Leroy me manda pedir otro lugar distinto del de Bourdelle para tratar el cambio entre D. Alejandro Vespa y él, porque vuestros soldados han estado esta mañana robando en aquel lugar.

No me sirve de nada dar órdenes si no se cumplen, el primer soldado que atravesase el río, sin orden, después del baño, es preciso que lo mandéis fusilar delante de la caballería; de otro modo la caballería de Gerona apresaría a todos nuestros soldados que se descarriasen. — Armando de Borbón.— San Jordi, el viernes tarde 1 septiembre 1654.—Para M. de C. de Bussy».

Para entender bien esta orden, es preciso saber que los enemigos y nosotros nombramos dos capitanes de caballería para tratar el canje de prisioneros de ambas partes, y que el encuentro debía efectuarse en Bordils.

De nuestra parte nombramos a Leroy, Capitán del Regimiento de Caballería de Marcilly, y el enemigo a D. Alejandro Vespa.

El mismo día, 1 de septiembre, la caballería desbandada incendió Saus, para vengar la muerte de sus compañeros; yo hice prender a cinco, de los cuales tomé uno.

Al día siguiente recibí este escrito del Príncipe, escrito y firmado de su mano:

«D. José Marguerit se olvidó ayer de mandar una escolta para el convoy y hoy cuando ha querido mandarla, se ha encontrado con que toda la gendarmería estaba al forraje, hasta los carros y los mulos están aquí sin poder salir. Os suplico que mandéis inmediatamente treinta maestros para escoltarlos.— Campo de San Jordi, 2 de septiembre de 1654.—Armando de Borbón».

Habiendo tenido noticia de que la caballería de Gerona iba en días alternos al forraje, en cierto lugar, resolví hacerles una emboscada. Lo propuse al Príncipe y lo aprobó, con lo que regresé al cuartel.

Una hora después de mi llegada, recibí un escrito del Príncipe que decía: «Os suplico de no salir sin haber antes hablado conmigo por razones que os diré. Venid a comer conmigo, si gustáis.—Armando de Borbón».

El Príncipe estaba, en este día, de muy buen humor, cosa que era frecuente conmigo.

Las razones por las cuales quería hablar conmigo, eran debidas a que quería avisarme de que se había enterado que había llegado a Gerona un refuerzo de caballería, por lo que me aconsejaba que tomase mayores fuerzas.

En lugar de cuatrocientos caballos, tomé seiscientos, con los cuales me embosqué cerca de Gerona en un bosque en el que había un pozo de nieve.

Allí pasé la noche y una parte de la mañana (lunes 4 de septiembre) siguiente, y viendo que se acercaba el mediodía sin que nadie saliese de la Plaza, no dudé de que había sido descubierto, por lo cual levanté mi emboscada y me fui a pasar muy cerca de Gerona, la caballería enemiga salió y como el río nos separaba, no quise volver al campo sin haber cruzado unos cuantos disparos.

Pasé al Puente Mayor y escaramuceé durante una hora.

De repente, vi a mis soldados mezclados con los suyos, en conferencia, lo cual me sorprendió en gran manera, y al pedir a los oficiales que estaban cerca de mí qué podía haber ocurrido, me contestaron que era costumbre del país que después de haberse tiroteado un rato, se hablaban sobre palabra, bebían juntos y algunas veces cambiaban caballos y hasta manadas de bestias.

Les dije que no quería que se repitiese esta costumbre, que podía acarrear graves inconvenientes, e incluso si se llegaba alguna vez a una tregua, no la aprobaría sino era con mis órdenes, mientras ordenaba reunir los escuadrones.

El Comandante de la caballería enemiga, me mandó decir que iba a beber a mi salud.

Durante estos «pourparlers», me di cuenta de que los enemigos hacían correr su infantería a lo largo de unas ruinas al pie de la montaña, a mi izquierda. Yo mandé a mi último escuadrón «caracolear» y pasar de nuevo el Puente Mayor a paso lento.

Los enemigos reanudaron la escaramuza con caballería e infantería y me

siguieron hasta el puente, sólo tuve cuatro o cinco heridos y algunos caballos perdidos.

Regresé a San Jordi, para dar cuenta al Príncipe del poco éxito obtenido, y le encontré que acababa de recibir un paquete de la Corte, en el que había para mí la siguiente carta del Cardenal:

«De la Fare, 11 agosto 1654.

Señor: Os doy las gracias por las promesas que me hicisteis de vuestro afecto, que me será siempre muy apreciado, y yo contribuiré de manera que pueda prometerme su continuidad. Os agradezco también vuestro cuidado en tenerme al corriente del estado de la caballería, el cual, sin dificultad, sin duda mejorará.

Referente a vuestra Carta de Servicio de Teniente General, en estas fechas debe estar ya en vuestro poder por haber sido enviada al Sr. Príncipe de Conti después que tuvimos noticia de la toma de Villafranca. Me alegro mucho con Vd. de lo que el Sr. de Pilloy nos ha aportado referente al socorro de Rosas y de la derrota de ochocientos caballos enemigos, no solamente como a buen servidor del Rey, sino también como uno de los amigos y servidores particulares del Príncipe de Conti, y espero los mayores éxitos.

Señor, vuestro muy afectuoso.—El Cardenal Mazarino».

El día 5 de septiembre todos los oficiales generales se hallaban en San Jordi por orden del Príncipe, en donde hubo consejo para decidir los planes del resto de la campaña. Hubo dos opiniones, una la de sitiar Puigcerdá, por dos Tenientes Generales, haciendo pasar cañones por el país de Foix (lo que Marins había prometido hacer); que para asegurar este sitio, el resto de la fuerza se trasladaría a Anglés, sobre el Ter, desde donde cubriríamos Puigcerdá y Rosas o por lo menos estaríamos dispuestos para socorrer uno y otro sitio, si el enemigo los atacaba. Los que eran de esta opinión añadían que, estando en medio del país enemigo y habiendo Plazas en donde tenían su infantería, no podrían los españoles unirse para socorrer Puigcerdá, sin que nosotros nos opusiéramos y, en todo caso, si organizaban un cuerpo de ejército para entrar en Cerdaña, nosotros lanzaríamos quinientos o seiscientos infantes sobre Rosas, y con el resto del ejército perseguiríamos al enemigo metido en la Cerdaña por el llano de Vich. Los que eran de opinión contraria, no querían que el ejército se dividiese y opinaban que el Príncipe debía dirigir personalmente esta campaña, porque siendo Cataluña un país que se mantenía aliado, tanto por la reputación como por la fuerza, los catalanes, al vernos retirar tomarían mal concepto de nuestros asuntos, y podrían dejar de ser nuestros partidarios.

Que la Corte, teniendo un gran empeño en la toma de Puigcerdá considerando la gran ventaja que esta conquista les proporcionaría, con miras a los

cuarteles de invierno, no tenía en cuenta que esta toma no nos compensaría, pues si todo el ejército se concentraba allí, arruinaría la Cerdaña.

A estas razones Bussy y yo contestamos, que jamás se habrá oído decir que un ejército se dividiera para emprender cualquier acción, a menos que las reservas fuesen tan fuertes que pudieran plantar cara al enemigo.

Que habiendo destacado seiscientos hombres de a pie y quinientos caballos con las tropas procedentes de Guyenne, no nos quedarían más que dos mil quinientos caballos, y dos mil hombres de a pie, con los cuales no podríamos sostenernos entre los enemigos, que juntando sus guarniciones podrían concentrar en ocho días, cinco mil hombres de a pie, y mil quinientos caballos, y con éstos derrotarnos; que en una noche podrían concentrar la caballería de San Celoni a Gerona, y embarcar la infantería de Barcelona para traerla a Palamós, para llegar en un día a Gerona; que para impedir un contacto, avanzando nosotros por Anglés, no podríamos defender cómodamente nuestros convoyes ni subsistir mucho tiempo en el sitio de Puigcerdá.

Que lo que se objetaba, que los catalanes tendrían mala opinión de nosotros al vernos retroceder, contestamos, que es menos vergonzoso el retroceder para hacer una conquista que avanzar para ser derrotados. Y en cuanto a esto de que el ejército arruinaría la Cerdaña y que así no se podría sacar provecho de esta conquista no pudiendo hacer invernar las tropas, contestamos que el ejército entero tomando Puigcerdá en menos tiempo que lo lograría sólo con una parte, una cosa compensaría la otra, y que más valdría tomar este país arruinado que dejarlo rico al enemigo.

Todas estas razones no impidieron que llegase un nuevo aviso, dando orden al subintendente Bazon para que llevase a Rosas víveres para dos meses y se dió avena a la caballería a razón de 6,000 cuarteras por mes.

El 7 de septiembre (1654), Miremville, habiendo regresado de su casa, se tuvo un nuevo Consejo, en el que se discutió la última resolución tomada. Este la calificó de ridícula, y apoyó las razones de Bussy y mías. Se resolvió seguir, y por esta causa se destacó a Cominges con 500 caballos y 1,200 hombres procedentes de todos los cuerpos que el día once de septiembre embistieron Puigcerdá. Estas tropas marcharon por el Coll del Perthus, Vinssas, Villafranca y Aulet, acamparon en la entrada del valle de Cerdaña, mandadas por el Teniente General La Sarre Obterre, y junto con las tropas de Guyenne y de Cominges atacaron la Plaza.

Se resolvió que el ejército saldría el 16 o 17 de septiembre y que se estaría el tiempo que se creyera necesario para revituallar Rosas.

El 10, Merinville había tomado doscientos caballos, con los cuales habían Hoquincourt y Saint Luc, llevado la infantería a Rosas.

Estos dos regimientos podían ser de quinientos hombres efectivos.

El 13, el Príncipe recibió noticias del Comandante Hoquincourt Catalón, que mandaba también en Llansá, de que los enemigos acababan de desembarcar infantería para atacar. Por esta noticia me ordenó enviar quinientos maestros, un corneta y un «Marechal des Logis», para hacer una descubierta, y averiguar noticias del enemigo. Sin embargo, él tomó dos mil caballos, los regimientos de Champagne, Anjou y Conti, que sumaban setecientos u ochocientos hombres de a pie, para socorrer Llansá, y quiso mandar esta expedición él mismo, a pesar de haber sufrido dos ataques de fiebres tercianas, y de haberle sangrado el mismo día de la marcha, pero no había en el mundo un príncipe más ávido de gloria que él.

El Duque de Candale le siguió con Merinville, con quien estaba el día que estuvo destacado.

Baltazar permaneció en Cerviá, D. José Marguerit en San Jordi, y yo en Colomé.

En la noche del 13 al 14, el corneta que había enviado del lado de Llansá me dijo que los enemigos habían volado la torre que estaba guarnecida por un Teniente, un Sargento y algunos soldados que se habían retirado. Yo mandé esta noticia al Príncipe, que estaba en Figueras enfermo de fiebre.

El día 20, Pilyoy llegó a la Corte. El Príncipe, el Duque de Candale y los oficiales generales vinieron a comer a mi casa, en donde tuvieron un consejo en el cual fué resuelto que el ejército saldría al día siguiente, 21, de sus cuarteles y se alojaría en Bañolas.

Mientras tanto, Cominges y La Sarre estaban con sus tropas frente a Puigcerdá, que habían atacado por el lado de Cataluña, imposibilitando la llegada de socorros.

D. Pedro de las Balenzuelas, Gobernador de esta Plaza, teniendo aviso de que cuatro piezas de cañón venían de Foix, sin escolta (porque Birague, que los conducía, no podía ser atacado más que por la guarnición de Puigcerdá, que sabía era atacada a su vez) mandó doscientos hombres a través de las montañas, quienes desmontaron el cañón e hicieron prisionero a Birague.

Cominges y La Sarre, habiendo sabido por un individuo que se les entregó, la salida de estos españoles en aquella dirección, mandaron al Caballero de Obterre, con doscientos caballos y doscientos hombres de a pie, pero los españoles, advertidos a tiempo, se retiraron a Puigcerdá, pasando por caminos diferentes al de su salida.

Hubiera sido una gran acción a favor de D. Pedro de las Balenzuelas, que le hubiera sido de mucha mayor utilidad, si sus gentes hubiesen quemado las cureñas de los cañones, pues la campaña se hubiese pasado antes que

éstas se hubiesen podido rehacer, y sin cañón nosotros no hubiéramos jamás atacado.

El día 21, estando el Príncipe en Bañolas, se encontró tan mal que tomó la resolución de hacerse conducir en litera a Perpignan.

El afecto que yo le profesaba me obligó a seguirle y le escolté con cuatrocientos caballos. En la primera jornada llegamos a Figueras, en donde estando en la cama con fiebre, a eso de las nueve de la noche, y yo a la cabecera de su cama, uno de sus ordenanzas entró bruscamente en la habitación con cara descompuesta, diciendo que los enemigos estaban en la población.

El Príncipe se tiró de la cama y mientras se vestía, recorrí la población montado en un caballo que yo tenía en la puerta de su alojamiento; me llegué hasta las guardias de caballería sin encontrar ningún fundamento a esta alarma, en vista de lo cual, regresé rápidamente para hacer que el Príncipe se metiese de nuevo en la cama, y le encontré tan firme como si hubiese estado al frente de un importante ejército, por lo que no pude dejar de decirle que si hubiese tenido el cuerpo tan sano como el valor, hubiese sido uno de los más grandes capitanes del mundo.

Sin embargo, el ejército marchó por Aulet y Ripoll hacia Puigcerdá; el Príncipe llegó a Perpignan, en donde a los dos días se encontró mejor, y como su enfermedad no le impedía asumir todos los cuidados que acarrea el mando de un ejército, habiendo sabido que los españoles habían tomado la torre dels Vilars, sobre el Collado de la Percha, desde donde podían hostilizar en gran manera nuestros convoyes de Perpignan, me ordenó tomar esta torre.

Mandé a Piloy que un día antes que yo fuese con su regimiento y cien hombres de los regimientos de Campels y Galeras, sacados de Villafranca, y yo los seguí con trescientos hombres de las milicias de Cataluña, cien mosqueteros de Marguerit y seis compañías de gendarmes.

La torre dels Vilars es una de esas plazas demasiado pequeñas para merecer los honores de un sitio, y muy a propósito, no obstante, para hacer perder mucha gente; son lugares de estos que, más fácilmente que ante una gran plaza, pueden costar la vida a un general.

Desde ella, cincuenta españoles hacían un nutrido fuego que me hizo perder bastante gente por no haber tomado la precaución de abrir trincheras.

Hice montar una guardia durante la noche con víveres para veinticuatro horas, porque de día era imposible establecer contacto.

El cuarto día, atacé por la mina y al quinto los españoles se rindieron prisioneros de guerra.

Esto me recuerda que el Comandante Militar, llamado D. Francisco Rodríguez, no pudiendo una tarde hacer salir una parte de sus hombres para echar-

me de una posición que había construido al lado de la empalizada, se lamentaba y gritaba con todas sus fuerzas: «¡Ah! pobre rey Felipe». ¡Cómo si el Rey de España hubiese perdido la corona perdiendo la torre dels Vilar!»

El día 3 de septiembre, el ejército hizo su entrada en la llanura.

Desde el primero de octubre hasta el seis, que llegó el Príncipe, yo tomé dos castillos.

El Príncipe puso su cuartel general en Llivia, pequeña población a media legua de Puigcerdá.

Pero partiendo de un poco más lejos, después de haber visto que la fiebre del Príncipe había disminuido en Perpignan, le propuse que condujese el ejército, cosa que él también deseaba, pero sus médicos apoyados por Sarracin, su intendente, se opusieron, porque éste al interés que tomaba por la salud de su señor, podía añadir el de su propio descanso y opinaba que sería exponer al azar la vida del Príncipe al trasladarlo. Yo contesté que el clima del llano de la Cerdaña era más templado, a causa de la vecindad de las montañas, que el del llano del Rosellón, que el aire del mar lo hacía malsano, y que el Príncipe alojándose en Llivia, no estaría tan cerca del campamento para que sufriese sus incomodidades, lo cual sería suficiente para el avance del sitio y tener la gloria de la toma, que sería asistido en Llivia igual que en Perpignan, y que no había más que tres pequeñas jornadas de marcha, que podría hacerlas en litera.

Mis razones no lograron convencer a Sarracin, pero dieron mayor fuerza a los deseos del Príncipe, que le hicieron exclamar: «¡Yo lo quiero!»

Tres cosas me habían obligado a darle este consejo.

La primera, era el afecto que yo le profesaba, a cuya buena reputación quería contribuir en lo posible.

La segunda, que yo celebraba que el Duque de Candale no tendría en esta ocasión la oportunidad de adquirir la gloria, y la tercera, que no tuviese que servir bajo las órdenes de un hombre a quien no apreciaba, y a quien, sin embargo, quería complacer.

DESCRIPCIÓN DE PUIGCERDÁ Y DEL LLANO DE LA CERDAÑA

Puigcerdá está situado en una llanura sobre un promontorio. Para abordar los dos tercios de la villa, es preciso subir desde su pie a la tercera parte. La forma de la población es redonda, menos del lado de Llivia, donde la muralla describe un arco hacia dentro en el cual hay una puerta. Hay a trechos cuatro medias lunas y una obra de ángulo delante del castillo.

Del lado que sube a la población, la muralla es de tierra sin foso. Del lado de la llanura la muralla es la mitad de piedra y la mitad de tierra; hay un paso de tres o cuatro pies de profundidad, las murallas están cuajadas de agujeros

y por banqueta no hay más que unos andamios, a los cuales se sube por medio de escalera; hay una empalizada al pie de la muralla; las medias lunas, son de piedra unida con paja que los naturales llaman «tapiada».

En algunos sitios, las casas están unidas a la muralla; la tierra y el puente es fácil de remontar por el lado de Vich, en donde hay ruínas de suburbios que pueden facilitar el escalamiento; es esta parte que juzgo a propósito para un ataque.

En la parte de Llivia y del lado del castillo, también hay grandes caminos cubiertos muy largos y propios para meter la caballería a cubierto. Hay un arroyo que entra en la población, que es la sola agua con que cuenta y que sería fácil de desviar.

La llanura se extiende del lado de Villafranca hasta el Coll de la Percha, que debe tener unas dos leguas de largo. De los otros lados no se extiende tanto, la atraviesan dos ríos: el Segre, muy pequeño en estos lugares, viene del lado de Camprodón, y el otro, más caudaloso, viene del lado de Francia.

Entre Llivia y Puigcerdá hay una preciosa pradera, en todo el resto de la llanura hay mucho trigo, y los pueblos son grandes y muy próximos, lo cual denota un país rico.

SITIO DE PUIGCERDÁ

Los dos ataques estaban resueltos por el lado de Llivia, muy cerca el uno del otro, y se abrió la trinchera el día 8 de octubre.

No es preciso pedir si yo fui de los que atacaron por el Príncipe, el afecto que le tenía, y el estado en que estaba con el Duque de Candale no dejaba lugar a dudas.

Habiendo sido muerto mi ingeniero en la guardia de Merinville, el Príncipe ordenó que buscasen uno en el ejército; encontró uno para mi guardia, pero como el empleo de ingeniero es un oficio de peligro, aquél, reflexionando en la desgracia del otro, del cual querían darle el sitio, el miedo a un accidente parecido le hizo esconder, de suerte que después de haber esperado hasta diez horas, fui obligado a tomar el cordel con el mayor del Regimiento de Santa Mesma, que tenía en mi trinchera, y como en esta noche hubo una fuerte tempestad, no dejamos por esto de adelantar mucho el trabajo, hasta más que si hubiese habido buen tiempo, por razón de que los soldados de ordinario temían los disparos de los mosquetes más que la lluvia, y este mal tiempo impedía a los enemigos tirar como hacían en las otras noches, perdiendo así nosotros muy poca gente.

Me acuerdo de una ingenuidad que me hizo reír en esta guardia. Cuando yo trazaba el trabajo con Santa Mesma, junto con muchos voluntarios y oficia-

les de caballería que habían querido demostrarme su adhesión pasando la noche en mi compañía, el Teniente Coronel de este Regimiento vino a decir en voz alta a su Maestro de Campo que no debía exponerse como hacía, que estaba en un sitio demasiado peligroso para un hombre como él, y viendo que Santa Mesma, que era muy valiente, se avergonzaba de este pobre Teniente Coronel, hizo como que no le entendía y se dirigió a mí para rogarme ordenase a su Maestro de Campo que se entrase en la trinchera, diciéndome que aquel no era el sitio de un Maestro de Campo. Tenéis razón, señor, le dije, él se ríe de las gentes que se meten todos los días igual que los pobres aventureros como nosotros. Los que estaban con nosotros se echaron a reír; el Teniente Coronel comprendió su indiscreción y se retiró sin decir palabra.

Yo admiro a este hombre, tan normal en otras cosas, pero tan preocupado por su Maestro de Campo, en tal extremo que no pensaba más que en el peligro que pudiese pasar, que no sólo hubiese sido una gran pérdida para Santa Mesma, si hubiese resultado muerto, sino que también lo hubiese sido para mí.

La trinchera del Duque de Candale, que estaba sobre la derecha de la del Príncipe, era mala, estaba enfilada desde un alto hasta otro y sin el blindaje, hubiese sido menos expuesta a fuera que a dentro, puesto que servía de mira a los enemigos.

Habíamos puesto líneas de circunvalación para que no se pudiese llegar a nosotros más que por los collados en donde estábamos los maestros, además de una buena parte de la infantería catalana y migueletes de Francia que estaban a nuestras órdenes, y teníamos en las montañas un destacamento de caballería bastante regular que hice montar a caballo al anochecer. A medida que oscurecía, avanzaban mis escuadrones hasta la contraescarpa; en cada uno de ellos hubo, mientras duró la noche, dos jinetes que batían el estrado mil pasos delante de su tropa, a fin de que estos hombres, si descubrían algo, diesen la alarma a los escuadrones y les advirtiesen de estar aun más sobre sus guardias.

Yo había aprendido esta lección que me sirvió muchas veces de Luis de Borbón, Príncipe de Condé.

No obstante, el Duque de Candale (hombre valiente, pero sin ninguna experiencia de la guerra) buscaba lo que se llama volver sobre mis acciones, y creyó haber encontrado en esta acción el motivo a propósito para desacreditarme cerca del Príncipe, haciéndole conocer la poca razón que yo tenía en la disposición de mi caballería; le dijo con risa burlona, con la autoridad de un viejo capitán, que yo apostaba mis escuadrones de una manera hasta entonces desconocida, que se tocaban los unos a los otros, que si algún socorro se quería lanzar sobre la Plaza, llegaría antes que las tropas estuvieran apostadas, y que colocándolas más lejos podrían cargar varias veces antes que el socorro hubiese entrado.

El Príncipe, que conocía mi plan, persuadido de que yo tenía razón, no quiso por otra parte contradecir al Duque de Candale, sobre una cosa que él había calificado de ridícula, se limitó a contestar que él me había enviado a buscar para escuchar mis razones sobre este asunto. Cuando estuve cerca de él, me pidió en presencia del Duque por qué mandaba los escuadrones tan cerca de la Plaza, con lo que pude darme inmediata cuenta de donde venía la cuestión, a lo que yo contesté que me bastaba decir que el Príncipe, su hermano, lo practicaba así, lo cual tenía por objeto evitar, lo que a veces ocurría, que algunos socorros pasaban por entre los escuadrones cuando estaban alejados los unos de los otros, e incluso entraban, lo que no era posible sin combate si éstos estaban cerca.

El Duque de Candale enrojeció, defendiéndose de la mejor manera que pudo, y yo, alegando que si me había equivocado había sido siguiendo las teorías del mayor capitán de mi siglo, encontré la justificación oportuna.

Podremos confiar en mi hermano, dijo el Príncipe, y cambió de conversación.

Este acontecimiento no me hizo ganar la simpatía del Duque, sino al contrario; no obstante, al final del siglo fué uno de mis mejores amigos.

Al cabo de ocho días de trincheras abiertas, y habiendo practicado una brecha en la muralla, D. Pedro de las Balanzuelas (este bravo gobernador, del que he contado dos acciones extraordinarias en esa campaña) fué herido por una bala de cañón, al intentar reparar esta brecha, y su muerte ocasionó la capitulación de esta Plaza, que no hubiéramos obtenido más que por la brecha si él hubiese vivido, pues era un hombre capaz de los mayores sacrificios en interés del Rey, su señor.

Arville, capitán del Regimiento de Champagne, me rogó que pidiese al Príncipe le nombrase Gobernador, lo que hice y obtuve.

Después de la toma de esta Plaza, el Príncipe descansó diez o doce días, tanto para quitar las trincheras y reparar la brecha, como para atender las noticias de la Corte.

Cuando el Príncipe las hubo recibido, y hubo puesto el orden necesario en la Cerdaña, marchó a Perpignan con todos los oficiales generales.

Ocho o diez días después, la mayor parte salieron para la Corte con el Duque de Candale. Yo esperé hasta el 30 de noviembre, en cuyo día me despedí del Príncipe, y a mi partida recibí todas las atenciones imaginables, haciéndome prometer que le escribiría a menudo.

No es posible pasar una campaña más agradablemente: tenía dos grandes empleos en el ejército, que desempeñaba con la mayor autoridad, y tenía todo el poder cerca del gran General, que era el Príncipe, y para que nada faltase a mi buena fortuna, gané en el juego diez mil escudos, después de haber hecho muchos gastos.

En llegando a la Corte, escribí al Príncipe contándole todo esto, y algún tiempo después me contestaba de su propia mano:

«Montpellier, 29 diciembre de 1654.

He tenido una extrema alegría al recibir vuestra carta; con esto podéis ver cuánto deseo que me escribáis a menudo, y espero que así lo haréis, cuando sepáis que pienso estar en París dentro de seis semanas; mientras tanto mandadme toda clase de noticias, y cuánto hayáis hecho en «revue de Braquerie», escribidme la fuerza de este cuerpo, que no dudo aumenta cada día.

Adiós mi querido, vuestro — Armando de Borbón».

Por la palabra «Braquerie», el Príncipe se refería a las damas galantes, y de ello hablaba como de un país en el que él mismo había hecho una lista.

Se equivocó en sus esperanzas de ir a la Corte; los asuntos del Rey en Languedoc lo retuvieron, y yo recibía algunos días después la siguiente carta:

«Montpellier, 2 marzo de 1655.

No sé donde encontrar las amistades que puedan expresaros el afecto que siento por vos.

Os aseguro, mi querido Templario, que esto sobrepasa a todas las cosas, y escribiré por teneros en Cataluña, con el mismo afán que lo haría por tener diez mil hombres más.

Dadme noticias de «Braquerie», y si vuestros palafreneros no os roban más, es decir, en lenguaje vulgar, si vuestro escudero no continúa con vos.—Adiós.—Armando de Borbón».

Para entender esto de los palafreneros, es preciso saber que andando por Cataluña con el Príncipe, una noche me quitaron once pistolas de mi equipaje, y como yo lo contase al día siguiente, el gentilhomme que me servía de escudero que había dormido en mi habitación, me dijo que seguramente alguno de mis palafreneros me había robado.

Yo hice que así lo creía, sabiendo que este gentilhomme había llevado siempre una vida de ratero.

Conté al mismo día mi aventura y mis sospechas al Príncipe, de lo cual, durante mucho tiempo, se rió de esto siempre que me encontraba.